

La construcción del imaginario. Los bandoleros mexicanos en el imaginario francés. 1861-1867.

Aristarco Regalado Pinedo. Universidad de París.

Doctor en Historia. Universidad de París. Secretario Académico de la División de Estudios de Estado y Sociedad de la Universidad de Guadalajara.

[arystarco@yahoo.fr]

Resumen

¿Qué es un imaginario colectivo? ¿Cómo se construye? ¿Hay alguna voluntad que lo controla? Estas son algunas de las cuestiones principales que rigen el contenido del texto. Y para analizar este tema, se ha tomado como materia de estudio el caso de los bandoleros mexicanos y el impacto de este fenómeno en la sociedad francesa, en un período muy especial. ¿Cómo, en Francia, veían, entre 1861 y 1867, el bandolerismo mexicano? Y más allá ¿Qué revela, qué esconde la imagen que se hacían en Francia de los bandidos en México?

Palabras clave: Imaginario. Intervención francesa. Bandidos. México. Francia.

Abstract

The construction of imaginary. The mexican bandits in the imaginary French. 1861-1867.

What is a collective imaginary? How is it constructed? Is there someone that controls it? These are some questions that govern the content of the text. To analyze this topic we are taken the case of the Mexican bandits and the impact of this phenomenon in the French society, in a very special period. How, in France, the people saw the Mexican banditry, between 1861 and 1867? And further away, what does it reveal? What hides the image of the bandits in Mexico?

Key Words: Imaginary. French intervention. Bandits. Mexico. France.

Introducción

La siguiente investigación se propone analizar de qué manera y bajo qué circunstancias se conforma un imaginario. Examinar si el surgimiento, evolución y disipación es producto de una voluntad política o es espontáneo, si los imaginarios son manipulables, aleatorios o escapan a todo control. Ahora bien, no se pretende ni siquiera agotar una sola de las cuestiones que se acaban de externar, y mucho menos esbozarlo en toda su complejidad.¹ Para abordar estas cuestiones, se observa el caso de los bandoleros mexicanos en el siglo XIX, específicamente entre 1861-1867 y su impacto en el pensamiento francés. Se trata de un período coyuntural en la historia de México y de Francia porque una guerra enfrentó a ambos países. De modo que en esos años hostiles, paralelamente a las batallas y estrategias militares se dio una guerra de imágenes, de ideas y escritos encaminada a galvanizar las opiniones públicas nacionales. De tal manera que aquí se analiza la idea que se hicieron en Francia de los bandoleros mexicanos, pero dentro de un contexto de guerra. Se trata de un trabajo indicativo que intenta únicamente abrir pistas y perspectivas de trabajo, que aporta sólo algunas reflexiones al respecto y cuyas hipótesis deberán ser corroboradas a la luz de nuevos esfuerzos intelectuales. Durante la primera mitad de la década de 1860, México acaparó la atención de las revistas y periódicos franceses de manera muy singular. No era la primera vez, tres décadas atrás, en 1838, los ojos de Francia ya habían volteado, aunque de manera fugaz, al país de las descripciones de Humboldt.² Pero en aquella ocasión el interés por México se disipó casi de inmediato, luego de que el almirante Baudin llenó de balas de cañón el fuerte de San Juan de Ulúa y consiguiendo que las negociaciones lo favorecieran. Esta vez era diferente, tanto, que nadie podía imaginar que seis años después de iniciada la intervención francesa, el emperador Fernando Maximiliano se encontraría frente a un pelotón de fusilamiento, ni que México habría de causar tantas contrariedades a Napoleón III, emperador de los franceses, desde el momento en que, en su propia Cámara de diputados, la oposición encabezada por Adolf Thiers, le comenzó a reclamar aquel día en que se inició la expedición a México sin haber tomado en cuenta a los diputados.³ La prensa, desde entonces, miró con detenimiento a México y siguió muy de cerca la expedición que Francia emprendía en su contra.

El acontecimiento que en México fue bautizado bajo el nombre de “intervención francesa”, se concretó el 30 de octubre de 1861, cuando los representantes de España, Inglaterra y Francia firmaron un acuerdo para atacar conjuntamente al país del águila y la serpiente. Pero una vez en territorio mexicano, sólo Francia utilizó su pólvora, porque los ingleses y los españoles dieron media vuelta al valorar que las negociaciones entabladas con el plenipotenciario designado por Benito Juárez, presidente de México, eran más benéficas que la guerra. Los militares franceses, por su parte, obedecieron las órdenes de avanzar y tomar la capital mexicana, sin imaginar que, tres meses después, el 5 de mayo de 1862, fracasarían en su intento de tomar Puebla. Tuvieron que retroceder y esperar los refuerzos que tardaron, y sin los que no hubiera sido posible arrebatar la ciudad de Puebla a los mexicanos, después de un largo sitio, en mayo de 1863. A partir de ese momento el camino a México no presentó ningún contratiempo, y en junio del mismo año, el uniforme militar francés fue visto desfilar por las calles de la ciudad. Pero el monarca impuesto por

Napoleón III para que dirigiera el rumbo de México llegó al país hasta el año 1864. Se llamaba Maximiliano, de la casa de los Habsburgo, y era duque de Austria. Cuando recibió la corona de “emperador de México”, nunca imaginó que tres años más tarde, en 1867, abandonado por el ejército francés, habría de buscar la muerte en cada batalla que sostenía frente a los soldados de Benito Juárez, sin encontrarla nunca. Antes, fue hecho prisionero y sometido a un juicio que lo condenó al paredón. La sentencia fue ejecutada ese mismo año, en el cerro de Las Campanas, cercano de la ciudad de Querétaro. Allí fueron fusiladas también las pretensiones de Francia sobre México y las aspiraciones monárquicas de los conservadores mexicanos del siglo XIX.

Análisis de las fuentes

En 1860 nació una nueva revista en Francia. Era una publicación de viajes. Su nombre, *Tour du monde*, a ello aludía.⁴ Los trotamundos que habían viajado tanto, allí dejaban las impresiones de sus andanzas. Intentaban transmitir sus emociones a sus paisanos valiéndose de la revista. Ésta, por su parte, publicaba los escritos más cautivantes, los más conmovedores y los más extraños. Quería ganarse la preferencia de los lectores; publicaba los textos pensando en ellos, en que les gustaran, en que se convirtieran en asiduos de sus páginas. En 1861 la curiosidad francesa se comenzó a centrar en México; la expedición europea en su contra había dado inicio. Por eso, *Tour du monde* publicó ese año tres relatos de viajeros que narraban su estancia o su paso por el territorio mexicano. Seguramente la revista logró conquistar lectores interesados en conocer la nación a la que Francia hacía la guerra, porque en 1862 fueron publicados otros tres viajes hechos a ella. En adelante, durante toda la década, México fue olvidado por la revista.

Sin embargo, había otras publicaciones que casi no dejaban de hablar de "la expedición a México" (*l'expédition du Mexique*), como se le conocía al acontecimiento que en el país del águila y la serpiente calificaron como "intervención francesa". Es el caso de *Le monde illustré*⁵ que regularmente cada semana publicaba una noticia sobre México, y por lo menos cada mes, esa noticia aparecía en primera plana. Además, de tener al tanto a sus lectores sobre los avances de la guerra, los informaba sobre las costumbres mexicanas y otras generalidades: la manera de vivir, de vestir; la arquitectura de sus edificios, la geografía, el fervor religioso, la minería, los indígenas, las mujeres, los bandidos. Como su nombre lo indica, esta revista era ilustrada, al igual que la de *Tour du monde*. Al lado de los párrafos descriptivos y explicativos aparecía un grabado. La madera había invadido en ese tiempo las imprentas, lo que permitía ilustrar las páginas de las revistas a un bajo costo.⁶ Por otro lado, con los grabados, los medios de información pretendían abarcar un público más extenso. Sobre México fueron publicadas 340 ilustraciones, entre ambas revistas, en el período 1861-1867. Las imágenes son de capital importancia en la conformación de los imaginarios, al igual que las comparaciones. Por último, conviene destacar que casi siempre los que se expresaban en *Le monde illustré*, eran los militares franceses que estaban haciendo la guerra en México, muchos de los cuales pertenecían al Estado Mayor de la milicia. No sólo colaboraban con escritos, sino también con dibujos.⁷ De manera que, al mismo tiempo que informaban sobre el desenvolvimiento de la guerra, contribuían en la

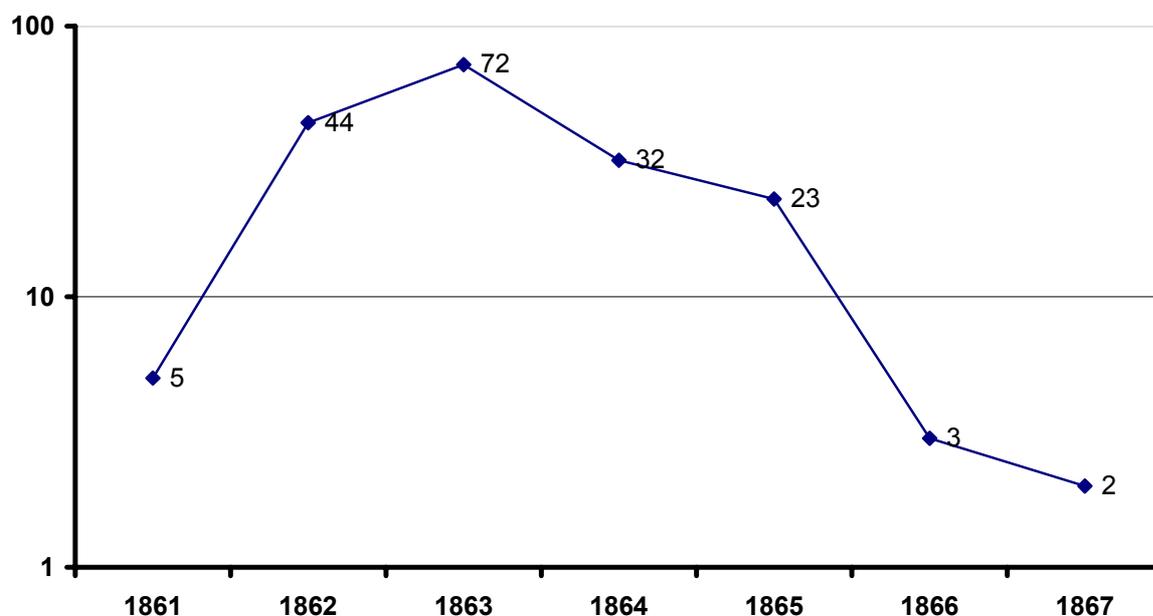
conformación del imaginario; y también le hacían propaganda a la política exterior emprendida por Napoleón III. Debido a ello, a esta revista la etiquetaremos como el medio de propaganda del régimen napoleónico.

En contrapartida, la *Revue des deux mondes*,⁸ ofrecía una perspectiva no oficial y en ocasiones con tendencia contraria al régimen. En ella se expresaba la elite cultural de la época,⁹ quienes en nuestro siglo son llamados intelectuales. Los miembros de *l'Académie Française* y del prestigiado *Collège de France*, allí deslizaban su pluma, aunque sin tanta soltura durante la administración represiva de Napoleón III. Con mayor fortuna habían corrido los que colaboraron con ella en sus inicios: Michelet, Balzac, Dumas, Sainte-Beuve, Taine, Renan, Victor Hugo, François Guizot, Tocqueville.¹⁰ Cuando llegó al poder el sobrino de Napoleón Bonaparte, al contrario, algunos tuvieron que huir, como Victor Hugo, y la *Revue* se vio condenada a disfrazar sus palabras y matizar sus expresiones. Por eso logró sobrevivir. En su momento, la revista también tocó el tema de México a lo largo de nuestro período. No ofrecía ilustraciones, como las anteriores, pero sus aportaciones eran trabajos de escritorio, de mayor reflexión que las demás revistas. En estas tres revistas de aquella época, exploramos el imaginario francés sobre los bandoleros mexicanos. Y con base en ellas, se trata de esbozar solamente los contornos de una silueta, débil, tal vez, porque el presente trabajo pretende ser sólo indicativo, pues no ofrece el estudio de la totalidad de los medios de información. Entiéndase, entonces, que los artesanos del imaginario encontrados fueron tres: los viajeros, los militares y los intelectuales.

Entre las tres revistas mencionadas se publicaron 183 escritos sobre México, distribuidos entre 1861 y 1867. Como lo indica la gráfica abajo indicada, el año de mayor proliferación de artículos fue 1863. No hay por qué sorprenderse. En ese año la expedición llegaba a un punto culminante, de mucha importancia militar para Francia: en mayo de 1863, Puebla cayó finalmente después de un largo sitio; en junio del mismo año, Bazaine y luego Forey, generales del ejército francés, hicieron su entrada triunfal a la capital mexicana. Militarmente la tarea estaba cumplida. Asimismo, la gráfica ilustra que el interés en publicar artículos sobre México se perdió a partir de 1864, debido a que, después de ese año, el ejército francés comenzó a ser repatriado paulatinamente y en pequeños contingentes. Napoleón III se había comprometido en mantener una presencia militar en México hasta 1867, año en el cual, Maximiliano habría de tener organizado su propio ejército. Así como el año 1863 fue de gran importancia en el desarrollo de la expedición, lo fue en la construcción del imaginario. Porque los imaginarios tienden a cambiar y evolucionar de la mano de los acontecimientos.

Son éstos, los que a menudo marcan la pauta a aquéllos. Aunque a veces, los imaginarios evolucionan de forma inesperada, como el de los bandoleros mexicanos.

Intensidad de los escritos sobre México en las tres revistas.



Primer momento: la construcción del imaginario. 1861-1863

México era un país lleno de bandidos. Si se emprendía un viaje al interior de la república tomando por ruta un camino real, si se prefería seguir una vereda, si se elegía como lugar de reposo un mesón, una hacienda o la hospitalidad de algún pueblerino, en cualquiera de los casos y de las situaciones se podría ser víctima de esos hombres que se agrupaban en bandas y que, por eso, se les conocía como bandoleros. Y en cualquiera de estos desafortunados encuentros, dependiendo del humor de los bandidos, se podría conocer la muerte: quemado, balaceado, apuñalado, torturado. O si se corría con suerte, tan sólo desvalijado y robado. Los pillos, hacían que la gente tuviera la vida pendida de un hilo y el ¡Jesús! en la boca.¹¹ Realmente eran peligrosos. Esta imagen del bandolerismo en México ya estaba ligeramente difundida en Francia antes de que se emprendiera la expedición tripartita en 1861. Eso es lo que revelan, ciertos reflejos de algunos relatos de viajeros y militares. En *Le monde illustré*, por ejemplo, se calificó a México como “tierra clásica del bandidaje”. Luego se detalló que los salteadores, “bajo pretexto de política, desvalijan y queman las casas aisladas y asesinan a los viajeros en las carreteras”.¹² En la misma revista ya se había abordado el tema anteriormente, dando por hecho que en Francia la gente tenía una idea de la abundancia de bandoleros en el territorio mexicano. “Nuestros lectores saben

—aseguró— que desde hace largos años, en ese bonito país de México, las discordias habían singularmente contribuido al desarrollo del bandidaje”.¹³

El gascón Ernest Vigneaux, mientras recorría México desde San Blas hasta Veracruz, se sintió siempre perseguido por el fantasma del bandolerismo. Sin embargo, pudo constatar con asombro que en todo su trayecto, nunca se topó con los bandidos. Pero sí con muchos que se le asemejaban, o mejor dicho, que se asemejaban a la imagen que él, solo se había construido anteriormente sobre ellos. Uno de los párrafos que escribió, cuenta lo que él mismo llamó “encuentro sospechoso”. Se dirigía a Tepeje del Río, siguiendo el camino delineado por los barrancos, rodeado de una vegetación tupida y húmeda. Era de madrugada. Al llegar a un cruce de caminos, cubierto por un nutrido follaje que hacía más oscuro el lugar, se vio en medio de cinco a seis jinetes armados de lanzas, de sables, de mosquetones. Venían en dirección opuesta a la que seguía el francés. “Pasaron como sombras”, sin detenerse, sin decir nada, “envueltos hasta la nariz con sus sarapes y sus grandes sombreros zambutidos hasta los ojos. ¿Serían ellos los famosos ladrones? se preguntó Vigneaux. Si lo eran, continuó, tal vez estaban siguiendo “una pista demasiado importante para dignarse poner atención en un pobre viajero como yo”.¹⁴

Ningún bandido lo asaltó. Pero siempre tuvo el temor de que lo hicieran. Por eso, cuando un camino le parecía peligroso, se preocupaba en cubrir sus “gastos de vigilancia” (*frais de vigilance*), como cuando tuvo que pagar para viajar tranquilo al salir de Arroyo Zarco y dirigirse a la sierra de Calpulalpan. Ningún ladrón salió a su paso.¹⁵ Sin embargo, tropezó con muchos rumores que aseguraban la presencia de los bandidos en los alrededores por donde pasaba. Cuando llegó a Tequila, se encontró con que ese pueblo “vivía desde hacía algunos días en la aprehensión de una banda de ladrones”. El viajero francés no supo asegurar si ese grupo de pillos que rondaba la villa era una banda “real o imaginaria”. No tuvo pruebas para constatarlo, los salteadores nunca llegaron en el tiempo que él estuvo allí. Lo que sí pudo verificar, fue la presencia de guardias “en los campanarios, [que] escudriñaban a lo lejos los campos, listos para sonar a rebato a la menor apariencia de peligro”.¹⁶

La misma postura tenía el pueblo de San Leonel, “estaba conmocionado”. Una cuadrilla de bandidos le había hecho una visita la víspera, y entre el botín que se llevaron no olvidaron incluir algunas parroquianas ya “buenas para casar”.¹⁷ El ambiente y las pláticas que rodeaban al viajero se componían de fuertes dosis de presencias de bandidos, pero en sus formas intangibles, casi míticas. Ni siquiera al pasar por el afamado río Frío, Ernest Vigneaux tuvo la oportunidad de encontrarse con algún salteador. Pero el ambiente se volvió tenso. Pues, viajando en la carreta de un arriero, -los dos solos- al entrar a la zona peligrosa el semblante del carretero se convirtió en el de alguien preocupado, incómodo, que echaba vistazos aquí y allá, sospechoso, callado. Cuando abría la boca después de haber mirado con detenimiento diferentes puntos del paisaje, relató el gascón, no era para admirar la naturaleza, sino para hablar de ladrones. Su desconfianza me gana poco a poco y, en previsión de acontecimientos desagradables, —continuó el viajero— “juzgo a propósito esconder mi bolsa, sin que él lo note... quedándome sólo con una suma suficiente

para apartar de mí la furia de los bandidos decepcionados”. Para tranquilidad y sorpresa del francés, la travesía se realizó sin sobresaltos.¹⁸

El mismo año de 1862, Désiré Charnay, publicó su viaje a México. Al contrario de su compatriota, él sí tropezó con los bandoleros y no solamente en una ocasión. Charnay sabía de sobra, que los bandidos existían realmente y que el río Frío era uno de sus lugares preferidos para dar el golpe. Por eso la diligencia, luego de salir de la zona de peligro del afamado afluente, explicó: “aumenta la velocidad a triple galope en la terrible bajada que lleva al gran valle del Anahuac”.¹⁹ Désiré muestra que ya había recorrido muchas veces los caminos de México, teniendo cierto conocimiento del país y sabía que los curas podían emprender cualquier ruta “infestada de ladrones” y ser raramente despojados de sus bienes. Sabía, incluso, que a los bandidos se les llamaba familiarmente “compadres”. También tenía conocimiento de que los caminos estaban repartidos entre los bandoleros como quien se reparte tierras para trabajar, que al parecer las rutas estaban marcadas en etapas, por los ladrones “como una cosa arreglada de antemano”.

No ignoraba los sitios en los que siempre detenían a la diligencia, ni de qué manera tratar con los salteadores al momento del golpe. Al salir de Tehuacán de las Granadas rumbo a Puebla, escribió, que fueron detenidos contra toda verosimilitud en las afueras del pueblo “por un señor muy bien vestido, acompañado de su sirviente... nos pidió cincuenta piastras con una voz terrible”. Charnay colectó el dinero entre todos los pasajeros de la diligencia. La cantidad conseguida tan sólo ascendió a once piastras. “Se las ofrecí”, aseveró el francés, y como el hombre no quiso aceptarlas alegando que pretendían engañarlo, “las metí tranquilamente en mi bolsa”, relató Charnay. Luego de haber removido toda la diligencia y viendo que no podría conseguir nada más, el asaltante decidió aceptar las pocas monedas reunidas, no sin antes llenar el viento de gritos y maldiciones. No fue la única ocasión que fue detenida la diligencia en el trayecto Tehuacán-Puebla. “Hubo que resignarse tres veces a la amable invitación de voltear sus bolsas”.²⁰

Charles de Mazade, en la *Revue des deux mondes* y con un tono más serio, explicó el grave problema del bandidaje y de la inseguridad en México. Convulsionado por las guerras civiles, el país sufría las peores atrocidades cometidas por los bandoleros, quienes a menudo, se escudaban en alguna bandera política para tener mayor libertad de acción. El intelectual alertó del peligro que corrían, tanto extranjeros como mexicanos. El escrito salió a la luz pública al inicio de 1862. En él, se cuenta que unos alemanes se habían dado cita en la ciudad de México para realizar una excursión al desierto. Después de una jornada de camino, llegaron a descansar y pasar la noche en un mesón. Todo se desarrollaba con normalidad hasta que las puertas del cuarto donde descansaban los extranjeros, fueron abiertas con violencia. El doctor Fusch cayó. Una bala lo había alcanzado. Sus compañeros fueron atacados y robados. La misma suerte corrieron los arrieros que se habían hospedado allí y que llevaban mercancías a Toluca. Escenas como estas no eran raras, aseguró Mazade.²¹

Esos relatos completaban los enviados por los militares. La víspera de la batalla de Puebla de 1862, el 4 de mayo, el lugarteniente Achille Cibot, escribió en su diario que la tarde de ese día, el cuartel general francés había sido instalado en Amozoc. Luego habló de su iglesia, calificándola de “magnífica”, donde se conservaban muchos diamantes y joyas donadas por “célebres bandidos, porque hay que señalar que en México —aseguró— entre más iglesias tiene una villa, más está llena de ladrones: se confiesan y son absueltos de acuerdo a los dones hechos a las iglesias y conventos”.²² El 24 de enero de 1863, mientras el ejército estaba preparando el sitio de Puebla, *Le monde illustré* publicó: “la correspondencia mexicana nos habla sin cesar, de los convoyes de víveres entre Veracruz y Orizaba, convoyes a menudo molestados por los aventureros que merodean por su propia cuenta” los caminos.²³ En otra ocasión explicaron:

...con el pretexto de servir un partido, todos los malhechores se reunían en tropa más o menos numerosa y en realidad, no se servían de la bandera que habían adoptado más que para saquear los pueblos y caseríos. El resto del tiempo desembolsaban a los pasajeros, pillaban, violaban, asesinaban, sin conocer amigos ni enemigos²⁴.

Este último pasaje fue publicado en octubre de 1863. Ya habían pasado cuatro meses después de la toma de Puebla, y ya hacían más de tres, que el ejército francés había hecho su entrada triunfal a la ciudad de México.

Acontecimiento significativo. No es casualidad haber leído en la última cita: “los malhechores se reunían en tropa... pillaban, violaban, asesinaban...”. Porque como por arte de magia, la revista en la que se expresaban los militares, pretendió modificar la mala imagen que daba a México la abundancia de bandoleros. Así que, desde que el ejército francés se apoderó de la capital, desde que se convirtió en el nuevo responsable de la seguridad pública del país, los escritos de *Le monde illustré*, comenzaron a asegurar que el bandidaje mexicano estaba en agonía. “Hemos entrado en México a la fase de pacificación”, anunció el 10 de octubre de 1863; luego explicó: “no quedan más que aquí y allá algunas bandas de pillos”, sin embargo, continuó, “ya se enviaron columnas expedicionarias a todas las direcciones donde se observan guerrillas y salteadores”.²⁵

En los escritos de *Le monde illustré*, a partir de la segunda mitad de 1863, México dejó de ser un país sin civilización pasando a tener graves problemas de seguridad, como en algunos países de Europa. “Como Italia y España, México tiene sus bandoleros —asentó la revista el 31 de octubre de 1863— cuya especialidad consiste en detener los coches y asaltar a los viajeros”. Pero ya no era nada escandaloso, nada de otro mundo. Además, esos ladrones ya estaban siendo aniquilados. En el mismo número, la revista publicó un grabado y en otra página lo explicó, diciendo que se trataba de una de las mañas que se daban los franceses para acabar con esa plaga de pillos. En cierta ocasión (“*dernièrement*” fechó la revista), una de las diligencias que salían regularmente de la ciudad de México, fue ocupada por zuavos armados al usurpar el lugar de los viajeros. La sustitución de los pasajeros se hizo con la más grande discreción, de manera que la diligencia salió a la hora acostumbrada. Todavía no habían recorrido más de un kilómetro cuando el coche se vio rodeado por una decena de hombres. Uno de ellos, se paró frente a la puerta con la escopeta

en una mano y el sombrero en la otra, esperando verlo rápidamente lleno de piastras para repartirlas entre todos. Sin embargo, “todos los viajeros tirando vivamente sus sombreros y sarapes que escondían” el uniforme de zuavo, se lanzaron a la captura de los bandidos, “y pronto el último de ellos mordió el polvo, y todos tuvieron su merecido”.²⁶ Ese mismo mes se publicó el fusilamiento de un jefe de bandidos llamado “Butron”, capturado en el pueblo de San Ángel, a tres leguas de la ciudad de México. Antes de ser sentenciado se le hizo un juicio. Delante de la corte militar contestó: “yo servía, ya fuera un partido, ya fuera a otro, según creyera que tal o cual gobierno convenía al país”. El proceso que se siguió presentó muchas dificultades, aseguró Olivier de Jalin, redactor del artículo, porque los testigos no se animaban a acusar a Butrón por temor a la venganza de sus amigos. “Pero muy pronto la confianza llegó, y las pruebas abundaron, y el bandolero fue condenado a ser pasado por las armas”.²⁷

En enero de 1864 las notas ofrecidas por *Le monde illustré*, continuaron expresando el mismo optimismo y la misma euforia. “Las noticias que recibimos de México siguen siendo plenamente satisfactorias. Los progresos del general Bazaine son rápidos... las contra guerrillas se organizan por todos lados para acabar con los ladrones”.²⁸ En abril del mismo año la revista aseguró: “ya casi no hay tropas que combatir... [pero todavía] encontramos algunos pillos”. También agregó que el general Bazaine, había instituido algunos concejos de guerra para castigar a los asesinos y a los ladrones de grandes caminos.²⁹ Tres meses más tarde, se explicó que las bandas peligrosas aún existían a causa de que el gobierno de Juárez, las había autorizado para que sembraran el terror, ante ello, algunos pueblos como Pinos, situado entre San Luis y Aguascalientes, habían servido de “lugar de refugio asegurado para los delincuentes”.³⁰

Es notorio, pues, que el discurso de *Le monde illustré* sobre los bandoleros en México, a partir de que el ejército francés se apoderó de la capital, estuvo encaminado a sostener que el bandidaje, -verdadero problema del país- había comenzado a desaparecer, a ser aniquilado por la presencia francesa. Esta postura legitimaba y respaldaba la política exterior emprendida por Napoleón III, y a la vez, trataba de difundir la idea de que la expedición a México había sido saludable. El último mes del año 1864, la revista que expresaba la voz de los soldados, habló de los bandoleros mexicanos como personajes ya casi inexistentes, como hombres vencidos por el nuevo orden establecido en el país. Por esos días, los “amigos del desorden”, habían intentado reorganizarse. Entendamos bien la palabra (*réorganiser*). Es decir, que los bandoleros ya habían sido desarticulados y derrotados. Sin embargo, nuevamente habían intentado dar algunos golpes. “Operamos entonces en México numerosas arrestaciones de bandidos y de los principales jefes”.³¹ Fue la última vez que esta revista hizo referencia al bandolerismo mexicano, como si hubiera dejado de existir.

Segundo momento: la crítica al régimen 1864-1867

La contra guerrilla francesa, que se había formado para controlar la región costera del golfo de México, (estados de Veracruz y Tamaulipas), fue dada de baja en los primeros días de

1865. Muchos de los soldados que la componían, regresaron a Francia. Entre ellos, venía el oficial Emile de Kératry. Antes de que el año terminara, la *Revue des deux mondes*, publicó la primera parte de una obra reciente del oficial, titulada *La contra guerrilla francesa en México*. Era el mes de octubre. Las dos partes restantes fueron publicadas en febrero de 1866, en la misma revista. Es una obra bien escrita, llena de opiniones punzantes en contra de la política napoleónica respecto a la expedición a México. Al parecer, el conde de Kératry intentó desmitificarla. Para él, esa había sido una aventura desventurada, por lo cual denunció los gastos excesivos y los grandes esfuerzos del ejército en tierras lejanas, para que al final de cuentas todo hubiera sido en vano. Kératry también hizo referencia al bandolerismo. En efecto, una de las tareas de la contra guerrilla era “la extinción del bandidaje, que hoy todavía desola a México”.³²

La frase empleada por el conde de Kératry (“[el bandidaje] hoy todavía desola a México”) no es superflua. Entendámoslo literalmente. En octubre de 1865, cuando fue publicado el artículo, el oficial de la contra guerrilla, venía a desmentir a todos los que aseguraban que México había entrado en el proceso de regeneración, a todos los que insinuaban, como *Le monde illustré*, que los bandidos estaban siendo eliminados, que el país comenzaba a dejar de ser anárquico y que pronto sería un país, en el que se podía confiar porque ya había entrado en el camino de la civilización y del progreso.

Entre las páginas que escribió el conde de Kératry, se alcanzan a distinguir ciertos rasgos del bandolerismo mexicano. Entre otras cosas, el oficial explicó que los ladrones preferían como guarida y refugio las regiones selváticas o boscosas del país: “la geografía virgen”, allí, es “el reino de los bandidos”.³³ También las montañas, es sitio preferido de Los Plateados. Ellos *son*, aseguró, “los bandidos más audaces de México, *son* reputados por la riqueza de sus ropas y sus armas, sobrecargadas de plata. *Tienen la costumbre* de lanzarse de sus montañas como el pájaro de rapiña, y después de sus golpes, *llevan* a los prisioneros a la sierra hasta obtener el formidable pago del rescate”.³⁴ Es necesario recalcar que el conde de Kératry redactó su escrito en presente para acentuar el momento en que se leía, 1866, los bandoleros seguían haciendo de las suyas en el imperio de Maximiliano. Uno de los cabecillas de Los Plateados, se apellidaba Noriega. Emile de Kératry lo conoció.³⁵ Los ladrones eran temidos en todas partes. Incluso en las ciudades más pobladas, donde podría suponerse una guardia fuerte para la defensa de la población. Sin embargo, Guadalajara, “la segunda ciudad de México”, habitada por “ochenta mil almas”, vivía intimidada por “la banda del asesino Rojas”.³⁶ Lo mismo pasaba en el norte del país, en el estado de Tamaulipas. Los habitantes de Victoria (actual Cd. Victoria), contó el oficial, pedían socorro a la contra guerrilla francesa para poder vivir en paz otra vez, para sentirse a salvo de los ladrones. Efectivamente, agregó Kératry, los pueblos *viven* expuestos “a la rabia de las guerrillas liberales y del bandidaje”.³⁷ Por esa razón, la contra guerrilla hacía movimientos subordinados al ejército regular, para asegurar la comunicación con Veracruz, escoltando los víveres o las armas, y haciendo la guerra sin piedad a los bandoleros.³⁸

En la obra de Emile de Kératry, podemos encontrar la siguiente afirmación: México *es* todavía un país lleno de bandidos. También se puede leer, según el oficial, la razón a la que

“México debe la invasión del bandidaje”. En primer lugar porque todo mundo era cómplice de los bandoleros, ya fuera por iniciativa propia o por miedo. Nadie “osaba exponerse a cualquier tipo de represalias”. Otra causa era la corrupción de los jueces. Ellos tampoco se atrevían a condenar a los ladrones a la hora en que eran detenidos y se les juzgaba. Para Kératry, ésta era la razón principal: “la impunidad y la cobardía de los jueces”. Pues, era por ello, que los testigos no osaban declarar en contra de los ladrones, porque sabían que a los pocos días andarían sueltos de nuevo buscando venganza: “se sabía que los jueces absolverían al culpable”. Finalmente, otra de las causas era el poder económico que tenían ciertos bandoleros; como Benito, quien desde hacía siete años, se dedicaba a devastar la región de Tamaulipas. Era uno de los bandidos más temidos. Cuando la contra guerrilla pasó por el pueblo de Temcoco, el ladrón cayó en sus manos. Fue condenado a la horca. “El miserable estaba cubierto de harapos —aseguró Kératry— sin embargo, ofreció dos mil francos por su vida”, y lo que más sorprendió a los soldados franceses, fue que “¡tenía un banquero!”. Sus súplicas fueron inútiles, el individuo fue colgado.³⁹

Benito no fue el único bandolero que tuvo la desgracia de caer en manos de los franceses. La misma suerte corrió el “célebre Galindo, el bandido más famoso de todo Tamaulipas”. La vanguardia de la contra guerrilla lo sorprendió escondido y armado. El ladrón se identificó con un falso nombre, pero, los guías de los franceses lo reconocieron rápidamente y fue pasado por las armas.⁴⁰ La contra guerrilla cumplía con su tarea. Siempre lo hizo. Nada había que reprocharle. A lo largo de su discurso, ese mensaje se puede leer entre líneas en la obra de Emile, el conde de Kératry. Otros diez bandoleros fueron sometidos a juicio, la sentencia ordenó que los colgaran. La contra guerrilla los había encontrado en el rancho llamado “La Garita”. Estaban acostados y dormidos.⁴¹ No hay que olvidar la ley que dictaba la pena máxima a todo aquél que fuera sorprendido de esa forma, perteneciendo “a bandas o reuniones armadas que no estén legalmente autorizadas, proclamen o no algún pretexto político, cualquiera que sea el número de los que formen la banda...”.⁴² Eran once bandoleros. Traían el cabello largo, sin asear, igual que la barba. Las camisas desgarradas y sucias. Pero, los cinturones que portaban estaban bordados con oro y plata, y sus manos todavía las traían “manchadas de sangre”. Fueron detenidos y juzgados. Uno de ellos, fue puesto en libertad porque comprobó ser arriero de oficio.⁴³

A pesar de todos los esfuerzos realizados por la contra guerrilla francesa, resultaron ser vanos. Al llegar a un lugar, parecía que la tranquilidad también se instalaba. Los hombres volvían a trabajar la tierra y se respiraba un aire de paz. Los bandoleros no se atrevían a incomodar los sitios que los franceses ocupaban. Pero la contra guerrilla iba de paso. A penas retomaba nuevamente el camino cuando los poblados abandonados volvían a caer en la situación anterior. La conclusión de Kératry fue clara, y opuesta a la política de Napoleón III, contra ese gran sueño de reorganizar la raza latina. Al dejarlo, el conde de Kératry, miró a México y encontró que el país seguía siendo el mismo que habían conocido en 1862. Francia había desperdiciado sus esfuerzos sin ningún resultado favorable. “El interés de nuestro país —aseguró el oficial— ordena poner rápidamente un término a los sacrificios prodigados en una empresa lejana”. Para Kératry los esfuerzos habían sido

estériles porque la regeneración de México, “ya ha costado mucho dinero a nuestro tesoro, muchas víctimas a nuestro ejército, muchas lágrimas a Francia”⁴⁴.

Conclusión

En menos de una década, guiada por la pluma de viajeros, intelectuales y soldados, Francia se hizo una idea de los bandoleros mexicanos. Los trazos más marcados, los que más resaltan, son los que describen al México plagado de bandidos, al país inseguro en los caminos, en las ciudades, en los mesones. Francia, insertó esa representación en su imaginario colectivo desde los primeros días de iniciada la expedición militar contra México. Así lo prueba el ejemplo del viajero Ernest Vigneaux.

Hay que recalcar nuevamente, que no es casual que se hayan multiplicado las referencias sobre México de 1861 a 1867. Porque un acontecimiento, de esos que los positivistas privilegiaban para meter al laboratorio histórico, un acontecimiento que implicaba a ambas naciones, se estaba produciendo. La imagen que se construyó de los bandoleros mexicanos en Francia estuvo estrechamente ligada a ese hecho. Se fue cambiando al mismo tiempo. Al respecto, conviene distinguir dos etapas: la que abarca desde el inicio de la expedición armada, en 1861, hasta la entrada del ejército francés a la ciudad de México, a mediados de 1863; y la que inicia en este último momento, hasta la muerte de Maximiliano. A lo largo de aquélla, la imagen de México recibió los primeros trazos acentuados, y que algunos años después, siguieron estando presentes a pesar de que se hacían esfuerzos por borrarlos, o por lo menos, atenuarlos. El país agobiado por la plaga de salteadores de caminos y bandoleros fue delineado desde el principio. Seguramente para justificar, de esa manera, la expedición francesa. Porque el bandidaje era el producto de la anarquía y del desorden político. Y Francia no pretendía invadir México para perjudicarlo, sino para ayudarlo, mediante el establecimiento de una monarquía que buscaba su regeneración, para poder sacarlo de la pobreza y la inseguridad. Una de las funciones que cumplía la conformación de ese imaginario era la de justificar una acción: la intervención militar y política.

A mediados de 1863 la situación cambió. El ejército francés ocupó la capital de México. Comenzaba la regeneración del país porque los notables habían elegido gobernarse mediante una monarquía. Maximiliano, entonces, fue elegido para ocupar el trono. En 1864, el imperio mexicano finalmente tuvo su príncipe, porque el archiduque de Austria había aceptado. Ese mismo año el ejército francés comenzó a desocupar progresivamente el país, responsabilizándose, sin embargo, de la seguridad del imperio hasta 1867. Si al inicio de la expedición, había que penetrar en el país, ahora se tenía que defender; si antes se hacía la guerra, ahora había que garantizar la paz; si en 1862 México era débil por falta de un ejército fuerte, moderno y disciplinado, en la segunda mitad de 1863 el uniforme militar de Francia estaba presto a la defensa. El acontecimiento cambió, dio un giro, la imagen del bandolerismo mexicano debió seguir la misma acción, sufrir la misma vuelta. La propaganda, según *Le monde illustré*, intentó transformar la silueta mexicana. Porque proclamó que la plaga de salteadores se estaba aniquilando y el país se estaba regenerando. Está claro, la coyuntura política es, si no determinante, por lo menos de gran fuerza en la

construcción de los imaginarios colectivos, los cuales se transforman de la mano de los acontecimientos mayores, a menudo de los más desgarradores y tristes.

El imaginario francés sobre los bandoleros mexicanos, no obstante, siguió siendo el mismo que se trazó al principio. No se modificó como lo hubiera deseado el imperio de Napoleón III, queriendo así justificar su obra en México. El fracaso se debió, entre otras razones, a que no hubo una propaganda suficiente. (Se trata, sin embargo de una hipótesis sujeta a comprobación). Lejos de ello, las críticas se escucharon. Los escritos que publicó la *Revue des deux mondes* en 1865 y 1866 de la pluma del conde de Kératry, hicieron eco del descontento resentido en contra de la política napoleónica. Kératry atacó directamente la imagen que pretendía crear la propaganda. Reconstruyó una silueta del bandidaje como la que se había dibujado al principio de la expedición. No atacaba a México. Embestía en contra de la obra que Napoleón III y su equipo pretendían construir. Emile de Kératry, escribió su relato en tiempo presente para darle mayor peso. No es cierto lo que cuenta la propaganda, parecía decir el oficial. Porque México todavía estaba asolado por la plaga de ladrones, y la inseguridad aumentaba cada día. La conclusión de Kératry era contundente. Los esfuerzos de Francia habían sido vanos e inútiles. Al final de la expedición francesa contra México, se reconocen los mismos rasgos que se habían trazado al inicio de ella, sobre los bandoleros mexicanos.

Los imaginarios son susceptibles de ser manipulados. En algunas ocasiones su aparición responde a la voluntad de actores políticos, militares y económicos de gran envergadura. Y sirven a los fines precisos de aquél que los provoca. Empero, en la medida en que el imaginario cobra vida propia, es decir, en que se convierte en un fenómeno autónomo, se necesita redoblar esfuerzos para continuar controlándolo. Por otro lado, como en el caso que acabamos de analizar, existe la posibilidad de que dos o más voluntades intenten retomar el control del fenómeno para manipularlo y favorecer sus intereses. En el caso tratado por este escrito, todo parece indicar que el régimen de Napoleón III se desinteresó de México por varias razones: el ejército francés, hacia 1867, ya había sido repatriado casi por completo; era evidente que la expedición a México había sido un fracaso; Francia fue sede, en 1867, de la exposición universal y la opinión pública estaba volcada hacia ese evento; en el plano internacional las relaciones de Napoleón III con Bismarck, se encontraban muy deterioradas y la guerra franco-prusiana ya se alcanzaba a vislumbrar. De manera que el asunto de la expedición a México, había perdido prioridad para el sobrino de Napoleón Bonaparte, y el imaginario mexicano en cuestión, que había surgido de la mano manipuladora del régimen francés de esa época, fue dejado a la deriva. Es en ese momento en que la oposición (por un lado los diputados encabezados por Adolf Thiers, y por el otro los “intelectuales” utilizando a la prensa crítica), se valió de ese acontecimiento para debilitar al orden napoleónica, lanzándole encima la cólera de la opinión pública, mediante la conformación de un imaginario mexicano que representaba el fracaso francés.

Notas bibliohemerográficas

¹ Los interesados en estas cuestiones pueden recurrir a los siguientes estudios: Pierre Rioux, Jean y François Sirinelli. *Pour une histoire culturelle*. París, Seuil, 1997; Darnton, Robert. *La gran matanza de gatos y otros episodios en la cultura francesa*. México, FCE. 1987; Duby, George. *L'an mil*. París, Gallimard, 1993; Bloch, Marc. *Les Rois Thaumaturges: étude sur le caractère surnaturel attribué à la puissance royale particulièrement en France et en Angleterre*. París, Gallimard, 1983; Febvre, Lucien. *Le problème de l'incroyance au XVIe siècle*. París, Albin Michel, 2003; Delumeau, Jean. *La peur en Occident, XIVe-XVIIIe siècles. Une cité assiégée*. París, Fayard, 1978; Ariès, Philippe. *L'homme devant la mort*. París, Seuil, 1977.

² De Humboldt, Alejandro. *Tablas geográfico políticas del reino de Nueva España*. México, UNAM, 1993.

³ Biblioteca Municipal de Rennes, Francia (BMR), número de clasificación (C) 9000, *Moniteur Universel*, 1867 (2º semestre), pp. 910-912.

⁴ BMR. C 29009.

⁵ BMR. C 9003.

⁶ Chartier, Roger y Martin, Henri-Jean. *Histoire de l'édition française*. París: Fayard/Cercle de la Librairie, t. III, 1990, p. 330.

⁷ BMR. C 9003, *Le monde illustré*, 1864 (1º semestre), p. 170. « *J'envois des dessins qui offriront d'intérêt pour les lecteurs du Monde illustré* ».

⁸ BMR. C 69001.

⁹ Chartier; *op. cit.* 1990, t. III, p. 447.

¹⁰ *Ibid.* pp. 457, 584.

¹¹ Un trabajo reciente sobre los bandoleros jaliscienses es el de Olvieda, Jaime. *Con el Jesús en la boca. Los bandidos de los Altos de Jalisco*. Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 2003; también puede consultarse el trabajo de Vanderwood, Paul J. *Disorder & Progress: Bandits, Police, & Mexican Development*. Lincoln, U. of Nebraska, 1981.

¹² BMR. C 9003, *Le monde illustré*, 1864 (1º semestre), p. 244. Todas las citas han sido traducidas del francés por el autor.

¹³ *Ibid.* 1863 (2º semestre), p. 218.

¹⁴ BMR. C 29009, *Tour du monde*, 1862 (1º semestre), pp. 275-276.

¹⁵ *Ibid.* p. 275.

¹⁶ *Ibid.* p. 262.

¹⁷ *Ibid.* p. 258.

¹⁸ *Ibid.* pp. 292-293.

¹⁹ *Ibid.* p. 353.

²⁰ *Ibid.* p. 359.

²¹ BMR. C 69001, *Revue des deux mondes*, 1862, t. 37, pp. 766-767.

²² BMR. C 9003, *Le monde illustré*, 1862 (2º semestre), p. 7.

²³ *Ibid.* 1863 (1º semestre), p. 55.

²⁴ *Ibid.* 1863 (2º semestre), p. 218.

²⁵ *Ibid.* p. 30.

²⁶ BMR. C 9003, *Le monde illustré*, 1863 (2º semestre), p. 279-280.

²⁷ *Ibid.* p. 218.

²⁸ *Ibid.* 1864 (1º semestre), p. 24.

²⁹ *Ibid.* p. 244.

³⁰ *Ibid.* 1864 (2º semestre), p. 68.

³¹ *Ibid.* p. 358.

³² BMR. C 69001, *Revue des deux mondes*, 1865, t. 59, p. 692.

³³ *Ibid.* 1866, t. 61, p. 988.

³⁴ *Ibid.* p. 771.

³⁵ *Id.*

³⁶ *Ibid.* 1865, t. 59, p. 709.

³⁷ *Ibid.* 1866, t. 61, p. 989.

³⁸ *Ibid.* 1865, t. 59, p. 721.

³⁹ *Ibid.* 1866, t. 61, pp. 756-757.

⁴⁰ *Ibid.* p. 1003.

⁴¹ *Ibid.* p. 997.

⁴² Díaz, Lilia. «El liberalismo militante» *Historia general de México*. México, El Colegio de México, 1997, pp. 883, 894.

⁴³ BMR. C 69001, *Revue des deux mondes*, 1866, t. 61, pp. 997-998.

⁴⁴ *Ibid.* pp. 1010-1011.